

## NEGOCIOS EN EL VALLE DEL CAUCA

La guerra estalló a comienzos de agosto de 1914 y amenazó con interrumpir de mala manera la carrera de nuestro banco, que había empezado de forma tan prometedora. Estaba parado un domingo a media mañana en el balcón de mi pieza, cuando vi a Thiel y Hartmann venir del banco. Me gritaron que me querían hablar. Los invité a subir y me informaron que el banco había comprado entre ochenta mil y noventa mil dólares en letras de cambio a largo plazo, de exportadores de café en Manizales, que se habían ido a las sucursales de Nueva York pertenecientes a A. Held, Schütte, Bünemann & Co. y otras empresas alemanas, y estos valores habían sido reclamados después del estallido de la guerra. Ahora la cuestión era lograr de los exportadores de Manizales el reintegro o por lo menos la garantía de los montos de las letras de cambio, y me preguntaron si yo me animaba a hacerme cargo de esa misión y viajar lo antes posible con ese objetivo a esta ciudad. Contesté que sí y que partiría apenas consiguiera las cabalgaduras necesarias. A Prüfert le fue pedido de inmediato cumplir esa tarea y dos días más tarde comencé mi viaje.

A pesar de que Manizales seguramente no está a más de ciento veinte kilómetros en línea recta alejada de Medellín, un viaje hacia esa ciudad era considerado una empresa seria debido al pésimo camino que conducía por altos cordones montañosos. Yo estaba apurado en llegar y por eso se decidió tomar el camino nuevo, recién terminado, por el Valle del Cauca, así sería posible recorrer esa distancia en tres días de marcha, mientras que los caminos viejos demandaban mínimo cuatro. Un buen día de viaje contabilizaba ocho leguas, cuarenta kilómetros. Según las dificultades del camino, se necesitaban para recorrer el trayecto de ocho a diez horas. Por lo general, los animales alquilados no eran muy buenos, y el arreador del animal de carga, que acompañaba, iba a pie.

El viaje a través del imponente paisaje montañoso me gustó mucho. Aún estaban las cimas en casi toda su extensión cubiertas de bosques, y abundaban las vertientes. Su agua hermosa y fresca era un cambio agradable después de la deficiente agua en Medellín, que por consejo general

finalmente la tomaba solo hervida. Poco agradables eran las posadas en las cuales se pernoctaba. La primera noche dormí en bancos puestos uno al lado de otro; las otras dos, en camas de apariencia poco atractiva. La comida estaba preparada de forma sustanciosa, pero era poco apetitosa. A pesar de que mi mula era pequeña, tenía fuerza, aunque su andar no era suave. Algunos campesinos colombianos amables, que se me habían unido en el segundo día, insistieron en que yo aceptara montar uno de sus buenos caballos mientras estuviéramos viajando juntos; su dueño, mientras tanto, se sacrificaba montando mi mula. Al tercer día me enfrenté con un gigantesco enjambre de langostas. La región estaba cubierta densamente por ellas, y todo el tiempo volaba a la cara alguno de estos asquerosos animales llenos de comida. Mi última parada nocturna en el pueblo de Neira solo estaba a tres horas de Manizales. Partí muy temprano de allí y llegué hacia las nueve de la mañana del cuarto día a mi meta final.



Camino entre Medellín y Manizales

Manizales era en aquel tiempo nada más que un pueblo grande. Su fundación se remontaba a solo unos sesenta años. Pocas veces ha surgido una ciudad en un lugar tan inadecuado como este. Está ubicada en una cima montañosa de largas dimensiones, a una altura de 2.200 metros, cuya ladera sur cae empinada y la del norte algo más suave. Sobre esta ladera se ubica la mayor parte de la ciudad. Todas las calles, que conducen de norte a sur, son más o menos empinadas. De las que corren de este a oeste no hay dos a la misma

altura; se superponen en forma de terrazas. Ni las calles, ni las plazas, estaban pavimentadas en el momento de mi llegada. Cualquier pasaje que saliera de la dirección este-oeste representaba un esfuerzo, no solo por las pendientes, sino también por el aire enrarecido. Frente a algunas casas se veía un caballo o una mula vieja y paciente ensillados, listos para cualquier salida del dueño. En esa época las mujeres solo salían de la casa cuando era imprescindible. Las calles barroas y las huellas de los cientos de animales de carga que constantemente iban y venían no hacían muy atractivo el pasear.

A menudo llovía, y aún más frecuente, nublaba, incluso durante el día. La razón por la cual existía un importante mercado (porque eso era Manizales), generado en ese lugar a pesar de todas las desventajas, era por ser el cruce de importantes caminos de tránsito. Muchos de estos caminos resultaban tan difíciles que hasta las resistentes mulas fallaban en ellos.

El buey de carga, que gracias a sus pezuñas bifurcadas siempre podía avanzar por los caminos fangosos en los que se enterraban los caballos y las mulas irremediamente, y que también podía llevar cargas de mayor tamaño, era el medio de transporte más importante, aunque lento, Caldas, cuya capital era Manizales. Cuando muchos años más tarde la ciudad quedó comunicada mediante el ferrocarril y rutas con el entorno, se levantó un monumento al buey de carga en señal de agradecimiento. No hay muchos monumentos tan merecedores como este.

La única posibilidad de pensión que había era el hotel Berlín. Pertenecía a una viuda, que no tenía ni los medios ni la capacidad de manejar un hotel. A pesar de esto, y a falta de algo mejor, estaba constantemente lleno. No pude conseguir una habitación para mí, debí compartir una con August Borné, quien se había mudado a este lugar unos meses atrás, y con Gerhard Sager, que representaba a la empresa H. C. Bock & Co. de Hamburgo. Ellos, y Karl Lüchau, el representante local de la firma A. Held, constituían a casi toda la colonia extranjera de Manizales. El hotel Berlín no disponía de baño, y con ese objetivo y además para cambiarme, fui al departamento de soltero de Lüchau, quien me había invitado a hacerlo. Luego, realicé mis primeras visitas comerciales.

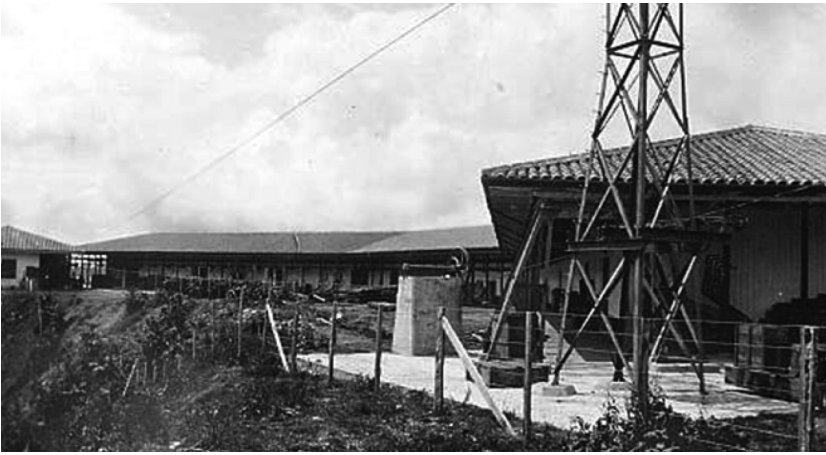
Afortunadamente tuve la impresión de que todos nuestros deudores tenían intenciones honestas. Uno de ellos estaba en situación apremiante y solicitó otra ayuda crediticia antes que pudiera pensar en pagar en cuotas el crédito anterior. Pero todos podían dar las garantías necesarias, y después de haber estado más de un mes en Manizales pude informar a Medellín que consideraba mi misión cumplida, no solo se aseguraron los montos originales, sino que, dado nuestro comportamiento complaciente, todos los clientes se habían declarado dispuestos a pagar intereses de mora razonables.



Camino colombiano en época de lluvias

Además del cobro de las letras de cambio descubrí que estaba en condiciones de poder realizar nuevos negocios, en su mayoría de divisas. En aquel entonces aún no había un banco en Manizales, y la necesidad de uno era tan grande que en mi función de banco ‘ambulante’, como lo denominé, no solo cubrí todos mis gastos de viaje, sino que también obtuve un buen excedente. Visitaba a diario a las empresas más importantes y compraba y vendía letras de cambio. El banco tenía un agente en Manizales, colombiano, Vicencio Upegui. Era una persona muy agradable, honesta y confiable, pero de manera lamentable poco activa.

En mi tiempo libre no pude hacer otra cosa que dormir, sin contar largas caminatas y cabalgatas periódicas que generalmente hacía en compañía de Borné. Aunque ya había luz eléctrica en Manizales, era tan mala que casi no se podía leer con ella. Si tenía que escribir cartas en la noche prefería hacerlo en la oficina de Lüchau, quien tenía para ese fin una buena lámpara de queroseno. Aunque había un club en la ciudad, estar ahí no era muy grato. Al contrario de Medellín, los residentes realmente cultos eran muy pocos. En compensación, la población era honesta y confiable. Años más tarde la ciudad perdió a muchos de sus mejores elementos que se mudaron a Bogotá, donde su influencia en la política y los negocios se hizo fuerte.



Estación de telégrafo, Manizales

Poco después de haber mandado mi informe a Medellín sobre la exitosa finalización de mi misión, recibí el encargo telegráfico de ir lo más rápido posible a Cali, capital del Valle del Cauca, ubicada junto al río Cauca, para efectuar una misión similar a la de Manizales.

En pocos días estuve listo para el viaje y Gerhard Sager, quien también debía hacer algo en Cali, se me unió. Los presagios para el viaje no eran muy favorables, pues en primer lugar solo pude alquilar mulas pésimas; segundo, se informó que en la parte del Valle del Cauca se había presentado desde hacía varios meses un calor y una sequía excepcionales, y tercero, yo no estaba muy contento con la compañía de Sager, quien en sus años jóvenes tenía una forma de ser poco simpática y descontrolada.

El primer día y medio el viaje fue bastante agradable. El camino era permanentemente cuesta abajo, las posadas satisfactorias y la temperatura se mantuvo aceptable hasta que llegamos al mediodía del segundo día a la ciudad de Cartago, ubicada cerca del Cauca.

Después de un corto descanso, nos pusimos de nuevo en movimiento y pronto estuvimos en el Valle del Cauca, casi llano por completo. La región daba la impresión de un desierto: grietas producidas por la sequía atravesaban el suelo. Todas las corrientes de agua estaban secas. Solo en algunos pantanos cubiertos de verde quedaba un poco de agua. Con frecuencia se veía cadáveres y a menudo solo esqueletos de animales.

En la tarde llegamos al pueblo El Naranjo, donde queríamos pernoctar. Transmitía una impresión desoladora. El dueño de la única posada era carpintero y fabricante de ataúdes y en el recinto que nos fue asignado para dormir colgaban en el techo los que estaban terminados. Nos anunció una cena, pero cuando solicitamos comida para los animales nos contestaron que no había. Señalamos el haber visto una plantación de caña de azúcar muy cerca del pueblo. Esto fue admitido, pero no había nadie que la pudiera cortar. Nos dirigimos a unos jóvenes adolescentes que vagaban por ahí y les preguntamos si alguno estaba dispuesto, a cambio de una propina, a ir con nosotros a comprar caña de azúcar y cortarla. Después de pensarlo largo rato, dos consintieron en acompañarnos. Compramos lo necesario y lo llevamos juntos a la posada. Triturarla en los comederos era pedirles demasiado a los dos muchachos, ya habían ganado lo suficiente como para descansar ese día. Por lo tanto, Sager y yo conseguimos un machete cada uno y picamos el alimento que se requería.

Me di cuenta de que entre esta gente y la de los departamentos de Antioquia y Caldas había una diferencia abismal. Allí al ingresar en un pueblo, por lo general, uno no se podía salvar de la cantidad de niños que querían ganarse una propina mediante pequeños servicios. Aquí solo se apreciaba el *dolce far niente*. Toda la noche en El Naranjo, posteriormente llamado La Victoria, oíamos un leve y melancólico guitarreo. Mientras que en Antioquia y Caldas la población aún era predominantemente blanca o a lo sumo mezclada con indios, aquí se imponía la sangre africana.

A la mañana siguiente, en interés de nuestros animales, continuamos viaje desde las cuatro de la mañana. En las primeras cuatro horas la temperatura era soportable, pero luego aumentó tanto que mi cabalgadura tuvo un golpe de calor al llegar el mediodía en el pueblo Bugalagrande. Durante la cabalgata de ocho horas no habíamos encontrado una gota de agua. El pobre animal tenía un aspecto lamentable. La piel de la cabeza y del cuello se habían arrugado, los labios se retrajeron espasmódicamente, así que

se le podían ver los dientes, y respiraba de forma agitada y compulsiva que prácticamente vibraba. No estaba en condiciones de comer, solo pudo tomar unas gotas del hermoso río que atravesaba el lugar. En la posada me dijeron que no había nada para comer, la sequía había destruido todo. No obstante, Sager y yo habíamos visto algunas gallinas, por eso fuimos a varias casas y preguntamos si nos podían vender algunos huevos. De hecho, conseguimos casi media docena, que hicimos cocinar en la posada. Mis intentos de alquilar otra cabalgadura en el pueblo no tuvieron éxito; además, no había nadie allí que pudiera atender a mi animal de alguna manera, así que nos volvimos a poner lentamente en movimiento para llegar a Tuluá, que estaba a unos veinte kilómetros de distancia, donde queríamos pasar la noche. Después de unos minutos vi que mi animal no podía llevarme y, por lo tanto, hice el camino hasta la entrada a Tuluá a pie. A pedido de Sager, cuyo humor ya había sufrido bastante en esos días, monté de nuevo un corto trecho antes de llegar a las primeras casas del pueblito, “porque no quedaba bien llegar a pie”.



Balsa en el río Cauca, en el camino de Cali a Bugalagrande

En Tuluá encontramos un profesional que le extrajo sangre al caballo y le dio de beber un poco de alcohol. De hecho se repuso y al día siguiente pudo llevar por lo menos mi equipaje liviano, mientras tanto yo iba montado en el animal de carga, aunque, para gran disgusto de Sager, de cuando en cuando volvía a caminar. Sager, quien montaba una excelente mula de su propiedad,

no quiso adelantarse solo, ni entendía que no pudiera seguirle el ritmo. Al final se adelantó el último mediodía, a partir de Palmira.

En Cali estábamos otra vez juntos en el mismo hotel, llamado Grand Club, que era muy sucio. Al principio tuvimos que compartir una habitación. Luego, conseguimos una cada uno, lo que nos agradó, ya que no nos entendíamos bien entre nosotros. Él me reprochaba que me presentara de forma demasiado modesta: “Usted viaja como un indio”, me dijo una vez. En cambio, a mí no me gustaba la forma ostentosa y torpe con la que manejaba el dinero de los viáticos de su empresa. No era el único al que le desagradaba esto. Más adelante, cambió de actitud. Cuando lo encontré unos años más tarde, era una persona totalmente distinta y volvimos a congeniar sin problemas.

Cumplir mi trabajo en Cali fue algo más difícil de lo que había sido en Manizales. Una desventaja consistió en que el representante del banco, en vez de ayudarme, prefirió, cobardemente, irse de la ciudad durante mi estadía. Temía tener dificultades con los deudores y perder su estima si defendía demasiado los intereses del banco. Se llamaba Müllges y era socio de la empresa alemana Böhmer & Linzen, en aquel tiempo muy importante. Los socios restantes estaban en Alemania. La empresa poseía grandes extensiones de tierra en el Valle del Cauca, que yo recién había atravesado. Müllges salió de Cali para visitar dichas propiedades y yo me lo había encontrado durante el viaje. Como me enteré después, había pedido a un conocido comunicarle por telégrafo mi salida de Manizales para irse de Cali a tiempo. Luego hizo lo mismo con mi partida de Cali, y lo encontré de nuevo en el viaje de regreso. Era un tipo realmente deplorable. Varios años después encontró la muerte en Cali cuando un camión perdió el control y lo aplastó contra la pared de su local.

La ciudad de Cali me gustó muy poco. Causaba la impresión de ser subdesarrollada y somnolienta. Aparte de los pesados carros tirados por bueyes, el transporte se realizaba con cabalgaduras y animales de carga. Muchas calles, incluso aquellas que convergían en el parque Caicedo, que conformaba el centro de la ciudad, eran aún inutilizables para el tránsito vehicular. Estaban atravesadas en sentido longitudinal por canales abiertos que abastecían de agua a la población. La contaminación inevitable de estos explicaba el porqué de las frecuentes epidemias de fiebre amarilla que asolaban en forma permanente a los habitantes.

A pesar de esto, Cali no era una ciudad pobre; aunque estaba en decadencia principalmente por la extinción de las plantaciones de cacao, antes muy rentables, pues una enfermedad destruía los árboles, aún era el centro de grandes plantaciones de caña de azúcar y de ganado. La población no me gustó, no se podía comparar con la de Medellín. El Grand Club era un antro en el que



se jugaban grandes sumas de dinero, a menudo durante noches enteras. Las montañas, a cuyos pies estaba ubicada la ciudad, eran hermosas.

Un domingo tuve la oportunidad de subir a caballo con la familia de Luis Fischer, un comerciante alemán, a su casa de campo situada en San Antonio.

Finalmente había logrado ordenar los asuntos pendientes y fijé la fecha de mi partida. Había recaudado una suma mayor a veinte mil pesos, y como no había otra posibilidad de transferencia, tuve que llevar el dinero en las alforjas. Mientras tanto, mis lamentables mulas se habían recuperado un poco, y como además había comenzado la temporada de lluvias, podía tener la esperanza de que el regreso sería más llevadero que la ida, como en efecto sucedió, excepto por un incidente desagradable.

Mi segundo albergue nocturno fue en la hacienda La Paila, una finca solitaria, muy alejada de cualquier poblado. Solo había una mujer en la casa cuando llegamos. Nos sirvió la cena, le asignó al arriero un rincón en el comedor para dormir y me dio una pequeña habitación limpia, en la cual armé mi catre. Coloqué las alforjas con el dinero y la pistola automática en una silla al lado mío. Con una viga atranqué la puerta. Era cerca de medianoche, cuando la viga cayó con un fuerte ruido, la puerta se abrió y apareció un hombre con una linterna y un machete. Agarré mi pistola, le apunté y pregunté qué quería. Parecía estar medio borracho, dijo que era el dueño del albergue y solo quería preguntar si yo sabía algo nuevo sobre la guerra. Le contesté enojado que podría haber esperado hasta la mañana con su pregunta. Además vi por la puerta que era una hermosa noche iluminada por las estrellas, y como ya no me inspiraba confianza la estadía en la posada, le dije que quería levantarme a las tres para seguir mi viaje. Prometió ocuparse del desayuno. Por supuesto, no me volví a dormir, me levanté a las tres y encontré a mi joven arriero listo para partir, pues a él tampoco le gustó del todo la posada. Pero el posadero se mostró muy amable, nos dio no solo el desayuno, sino también huevos duros para el viaje, y nunca supe si había entrado a la habitación solo por efecto de su borrachera o si hubo mala intención de por medio. De cualquier forma, estaba contento cuando dejamos atrás la finca y también un bosquecito vecino a ella, pues el día anterior hubo allí un incendio y en varios lugares aún ardían brasas. Antes de cerciorarnos del origen inofensivo, tanto mi arriero como yo tuvimos la sospecha de que alguien se había escondido en él con un cigarrillo prendido. No solté mi pistola hasta cuando hubo suficiente claridad visual como para poder pasar los alrededores.

Poco antes de Cartago tuvimos otra vez un calor insoportable, al que le siguió una violenta tormenta. Después de que aclaró, tuve una maravillosa vista de las montañas cubiertas de nieve eterna, a 5.600 metros de altura, cerca a Manizales.

A mi regreso a esa ciudad tuve mucho que hacer en las siguientes semanas, y también pude invertir bien el dinero traído de Cali. En general, se me aconsejó quedarme a vivir en Manizales o volver lo más rápido posible y abrir un banco. Yo había informado reiteradas veces sobre estas sugerencias a Medellín, pero no recibí respuesta alguna. No me quedó otra alternativa que prometer a los manizaleños el recomendar a mis superiores en Medellín la fundación de una sucursal de nuestro banco con la mayor urgencia, y además, regresar a la ciudad pronto.

En el viaje de vuelta no tomé el camino que conducía a través del Valle del Cauca, sino la ruta, algo más larga, por las viejas localidades antioqueñas de Salamina, Aguadas, Abejorral y La Ceja para conocer estos pueblos. Aguadas era conocida por la fabricación de los sombreros ‘Panamá’.<sup>3</sup> De este modo, nos mantuvimos constantemente en lo alto de las montañas, excepto por el cruce del enorme valle del río Arma, que nos tomó casi un día de viaje.

En Aguadas visité a un conocido, un alemán, Arnold Harms, quien había trabajado para Gieseken & Co. de Barranquilla y me lo habían presentado en Medellín. Estaba a cargo de una mina de oro perteneciente a la empresa Gieseken & Co. que demostró ser un absoluto fracaso. Se había dicho que Gieseken & Co. había participado en la mina siguiendo el consejo de Harms e invertido una suma de dinero bastante elevada en el emprendimiento, la cual se perdió en su totalidad. La consecuencia de este fracaso fue la separación de Harms de la firma. Él quedó prácticamente sin medios de subsistencia y tenía dificultades para ganarse el sustento. Finalmente, logró encontrar un puesto como comprador de sombreros de paja en Aguadas para una empresa de Nueva York, Pottberg Ebeling, en el que tenía un progreso muy modesto. Fue bajo estas circunstancias que lo encontré en Aguadas.

Llegué a Medellín consciente no solo de haber cumplido el encargo que se me encomendó, sino también haber logrado otros contactos valiosos. Sin embargo encontré muy poco reconocimiento. Mi sugerencia en cuanto a la fundación de una sucursal en Manizales apenas mereció unas frases, únicamente Gundlach mostró interés en esto y expresó el deseo de ser enviado conmigo a Manizales para dirigir la sucursal allí. Pero a fin de año recibí una modesta gratificación, y mi salario fue elevado a ciento cincuenta pesos.

Mi vida en Medellín siguió su curso rutinario, y yo me instalé de nuevo en el hotel Europa. Mis finanzas mejoraron notablemente por primera vez debido al viaje, porque pude pagar mi sustento durante él con la cuenta de gastos del banco. De esa manera había ahorrado 300 pesos. Con este aporte mi fortuna ascendió, a finales de 1914, a unos 600 o 700 pesos, lo que no me parecía poco.

---

<sup>3</sup> Hechos con paja de palmera.



Hotel Europa en Medellín

En el transcurso de 1915 los negocios empeoraron también en Medellín debido a la presión de la guerra y en septiembre recibí el encargo, con base en mis recomendaciones del año anterior, de empacar cincuenta mil pesos, la mitad en oro, la otra mitad en billetes<sup>4</sup>, para ir a Manizales y ver qué podía hacer con eso. Por supuesto, recibí instrucciones exactas sobre el tipo de créditos a adjudicar, y se insinuó que debería quedarme allí en el caso de que mis expectativas se hubieran realizado.

Los caminos en los departamentos de Antioquia y Caldas tenían en aquel entonces fama de ser muy seguros y por eso no me preocupaba el hecho

---

<sup>4</sup> A pesar de que en 1905 el peso oro fue introducido como divisa contable, el reemplazo sistemático del papel moneda comenzó en 1916, *El Banco de la República*, p. 122 (nota del editor).

de transportar dinero. Como acompañante tenía un arriero conocido, muy confiable. Se llamaba Manuel, era un hombre grande y fuerte, un típico antioqueño, es decir, de raza blanca con algo de mezcla indígena. Sabía lo que había en las alforjas y no tenía objeciones al respecto. Pero para no correr riesgos innecesarios opinó que deberíamos evitar una vigilancia excesivamente evidente, para no llamar la atención. Estaba armado con su machete y un revólver que yo había pedido en préstamo para él. Yo mismo llevaba mi pistola. Llegamos sin incidentes a Manizales. Después del arribo me sentí aliviado cuando deposité el dinero en una caja de seguridad puesta a disposición por la empresa Francisco A. Mejía & Cía., muy importante en aquel entonces.

En general, la recepción que recibí en Manizales no fue tan cálida como había sido la despedida. Las personas tomaron a mal que mi banco no hubiera aceptado la solicitud de fundar una sucursal y estuvieron muy molestos cuando debí reconocer que tampoco en ese momento disponía de pleno poder para esto. Supe que estaban en marcha preparativos para la fundación de dos bancos locales, que solo habían sido demorados porque aún se albergaba la esperanza de una sucursal de nuestro banco, así que mandé informes urgentes sobre esta situación a Medellín, pero solo obtuve respuestas dilatorias e indiferentes.

En lo personal, esta vez la estadía fue para mí bastante placentera. En vez de tener que vivir en un hotel, Borné puso a mi disposición una habitación en su casa, la cual había sido amoblada recientemente. A cambio de esto, participé en los gastos domésticos. Era muy agradable. Después de cerrar el negocio dábamos de manera regular un paseo más bien largo por la carretera, la única calle que conducía a las afueras de la ciudad y tenía unos cinco kilómetros precariamente aptos para vehículos. Iba en dirección este, bordeando la delgada cima de la sierra, en cuyo extremo oeste estaba ubicada la ciudad. En los días despejados se disfrutaba de una vista bellísima desde arriba. A menudo se podía ver el Ruiz, que era el nevado más cercano a la ciudad. Algunos distinguidos manizaleños consideraban también saludable hacer caminatas similares en este lugar, pero para demostrar que caminaban solo por su salud y no porque estuvieran obligados a hacerlo, llevaban su caballo de la rienda tras de ellos. Según la costumbre campestre, que en esos años aún era determinante, nos acostábamos y levantábamos temprano.

Como pasatiempo Borné había creado, no sin todo tipo de gasto, una hermosa colección de orquídeas, que también me causaba gran placer. Su casa poseía otro detalle favorable, una torre desde la cual se tenía una hermosa vista. En algunas oportunidades observábamos las tormentas, ocasionalmente violentas.

Como ciudad, Manizales no tenía nada que ofrecer excepto el ya mencionado y poco atractivo club. Las calles eran tan pésimas que no se salía después de oscurecer, a no ser que se tratase de una urgencia. Con los residentes teníamos pocos encuentros fuera del ámbito comercial.

Una vez fuimos invitados por un grupo de conocidos más jóvenes a participar, en nombre de uno de sus amigos, en una excursión campestre nocturna que había sido organizada por él para sorprender a su prometida con una serenata. El joven contrató con ese fin a dos conocidos artistas bogotanos que cantaban, principalmente, sus propias canciones y las acompañaban con la guitarra.

La casa de campo de la familia de la novia estaba a unos diez kilómetros de la ciudad y salimos entre las nueve y diez de la noche. Me ofrecieron para la cabalgata un maravilloso caballo, con andar de calidad superior, cuyo paso era tan suave que uno casi no se movía en la montura. Debí esforzarme por mantener el brioso animal al ritmo del grupo, que en parte montaba en mulas. Para levantar el ánimo, varios de nuestros acompañantes tenían botellas de coñac y *whisky* consigo que durante la cabalgata iban de uno a otro. No se podía negar que cuando llegamos a La Florida —así se llamaba la finca— se había alcanzado realmente un notable estado de diversión. No obstante, se evitó hacer cualquier ruido cuando llegamos cerca de la casa. De igual manera, los cantantes empezaron su primera canción despacio; luego fueron elevando, lentamente, el timbre de sus voces y de sus instrumentos. Luego de un tiempo, se prendió la luz en la casa, la puerta se abrió y fuimos invitados a entrar. Pero ya había pasado la medianoche, por eso no nos quedamos demasiado tiempo. Era una hermosa noche de luna y tuvimos un agradable regreso. Alrededor de las tres de la mañana estuvimos en casa.

El joven que había organizado la serenata era Emilio Toro y su prometida, Inés Salazar, muy bonita. Ambos pertenecían a las mejores familias de Manizales. La familia Salazar era, además, una de las más ricas. Poco tiempo después de su boda la joven pareja se trasladó a Bogotá, donde el marido se hizo muy rico y durante cierto tiempo desempeñó un papel importante en la política.

La costumbre de ofrecer a las damas una serenata ya estaba desapareciendo. Originariamente varios amigos músicos se reunían y daban serenatas a la amiga o prometida. Yo escuché esos pequeños conciertos nocturnos en Bogotá varias veces. Con el surgimiento del fonógrafo y la pianola disminuyó de manera radical la cantidad de músicos en Colombia, y al final solo se recurría a músicos remunerados para las serenatas. Pero no era algo barato, y como pocos podían permitírselo, desapareció más o menos la costumbre, desde su origen muy bonita.

Mientras tanto, había logrado ganar una buena cantidad de clientes de primera categoría. También hice negocios con la administración de la ciudad, cerrando con ella un contrato de préstamo por cuarenta mil pesos para una nueva plaza de mercado. Sumando todo, invertí un cuarto de millón de pesos en créditos. Además, hacía a diario una buena cantidad de negocios con divisas. Justamente mis mejores clientes repetían una y otra vez que solo tenían interés en una relación con el Banco Alemán Antioqueño, bajo la condición de que a la brevedad abriéramos una sucursal. A la larga no querían tratar con un banco ‘ambulante’, y también a mí, con el tiempo, me resultaba embarazoso realizar mis negocios en la calle. Para llevar a cabo mis trabajos escritos tenía que usar alternativamente las oficinas de Borné y Lüchau. Con ese motivo escribí varias cartas urgentes a Medellín con la solicitud de que se me concedieran plenos poderes o que hicieran personalmente una visita para evaluar la situación. Borné y Lüchau, como representantes de sus empresas, ambas representadas en el Consejo de Supervisión en Bremen, apoyaron mis informes de forma contundente. Tanto más grande fue la desilusión general cuando llegó a mi nombre como única respuesta un telegrama de Medellín en el cual se me ordenaba regresar de inmediato, ya que se me necesitaba perentoriamente. No me quedó otra alternativa que obedecer y partí junto con Borné, quien también tenía cosas que hacer en Medellín.

Uno o dos días antes de Navidad llegamos a esta ciudad, donde supuse encontraría mucha actividad y montañas de trabajo. En lugar de eso, hallé el banco cerrado por días feriados. Thiel, Hartmann, Gundlach y Prüfert se habían ido al campo, al parecer había poco trabajo en el banco. Borné y yo estábamos asombrados, pero supusimos que debía haber una razón importante con relación al telegrama. Estaba consciente de que había resuelto mi misión en forma por demás, satisfactoria y esperaba ansioso la primera conversación con mis dos directores.

Sin embargo, para mi desagradable sorpresa fui recibido por Hartmann de una manera tan enojosa, casi ofensiva, que se produjo entre nosotros una violenta confrontación. Me di cuenta de que la orden de regresar solo había sido un capricho basado en sus celos, al cual el cobarde de Thiel no se había opuesto. Por supuesto, yo no tenía ningún derecho a contradecir las órdenes de la dirección, pero lo que no tenía intención de soportar, de ninguna manera, era la forma como Hartmann me había recibido. Ya no dependía del banco. Me había ganado buena fama en un amplio círculo de conocidos, disponía de algunos ahorros y no me asustaba la perspectiva de buscar mi progreso fuera de allí.

Busqué una entrevista privada con Thiel y le adelanté enseguida que ni remotamente pensaba que me iban a tratar así, y que en caso de que él, Thiel,

justificara el comportamiento de Hartmann, yo abandonaría de inmediato mi puesto.

Thiel me pidió que me calmara, señaló que él también padecía mucho los caprichos de Hartmann, pero este era persona de confianza de los accionistas de Bremen. Thiel se había propuesto evitar, en lo posible, choques con Hartmann hasta el fin de la guerra, pero expuso ante la Dirección del Consejo de Supervisión de Bremen la imposibilidad de sostener la relación actual. Hasta ese momento me pidió tener también paciencia. Para los demás, yo era necesario en el banco. En cuanto al asunto de Manizales, estaba totalmente de mi lado. Le contesté a Thiel que trataría de evitar futuros choques con Hartmann y solo emplearía la estrategia de ignorarlo completamente a partir de ese momento, no me dirigiría a él en ningún asunto.

Como resultado, Hartmann fue aislado y Thiel se sintió algo más fuerte. Yo mismo no encontré la nueva situación tan insatisfactoria, pues aunque el proyecto de Manizales había fracasado, mi posición en el banco se había vuelto mucho más agradable, ya que era más independiente. Gundlach se había puesto totalmente de mi parte en esta cuestión y estaba indignado, como yo, por la ligereza con la que el proyecto de Manizales fue desechado.

Pero más indignada aún estaba la gente de Manizales que se había hecho clientela y se sentía engañada. Pocos meses después fundaron el Banco del Ruiz y el Banco de Caldas, los cuales concertaron, durante cinco a seis años, espléndidos negocios. Después retrotrajeron, en parte por su mala administración, en parte por el incipiente retroceso de la ciudad a consecuencia de rutas de tránsito modificadas. Con base en el éxito que tenían los dos mencionados bancos de Manizales, pude determinar luego con facilidad cuál había sido la pérdida de ganancias originada al Banco Alemán Antioqueño por la no fundación de la sucursal en Manizales, más de un millón de pesos. Los *manizaleños* nunca le perdonaron del todo al Banco Alemán Antioqueño su desaire de aquel entonces. Los créditos concedidos a ellos fueron pagados en poco tiempo, y cuando el banco abrió muchos años después una sucursal en Bogotá le resultó muy difícil lograr una apertura entre los manizaleños, que habían llegado a ser muy influyentes allí.

Varias semanas después de nuestra confrontación Hartmann consideró conveniente encarrilar nuestra relación y me invitó a ir a tomar el té con él — el ‘técito’, como decía— una noche después del cierre comercial, con su modo exageradamente amistoso, refregándose las manos. En procura de mantener la paz acepté, con lo cual se restableció una relación correcta. Antes había intentado influenciar a Gundlach en mi contra, pero no lo logró.



Banco de Caldas y hotel Internacional en Manizales